

UN EVANGELIO

(DE FRANCOIS COPPEE)

Jesús vagaba un día lentamente,
con Pedro el pescador, por el camino
de Galilea. El sol de mediodía
fatigaba los cerros y los lirios;

Jesús le hablaba a Pedro
de las cosas divinas. De improviso
vieron en el umbral de una cabaña
sombreada por verdes tamarindos
a una mujer del pueblo, una viuda
que con gesto tranquilo
hilaba un copo de algodón, en tanto
que con impulso rítmico
mecía dulcemente
la blanda cuna en que jugaba un niño.

Bajo un árbol feraz se detuvieron
a observarla el Maestro y el discípulo.

Súbito un viejo octogenario, un hosco
y escuálido mendigo
que sostenía fatigosamente
un cántaro colmado, ante el sencillo
hogar detuvo el paso, y a la viuda
—Buena mujer—le dijo—
si hay en tu corazón misericordia
ayúdame a llevar hasta el vecino
pueblo esta carga fatigosa y dura.

La viuda, con un gesto compasivo,
tomó el vetusto cántaro de arcilla,

y abandonando el niño
y el huso vibrador, tras el anciano
echó a andar por el áspero camino.

Pedro, indignado, prorrumpió :
—Maestro,
esta mujer mal hizo
en dejar a su hijo abandonado
a merced del azar, por un mendigo.

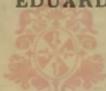
Y Jesús le repuso con acento
de hondas duizuras :
—En verdad te digo,
el pobre que no niega su socorro
al que lo ha menester, será bendito.

Con bondad indecible
el Maestro Divino
sentóse en el umbral de la cabaña,
hizo girar el huso cantarino
entre sus manos, y meció la cuna
sonrosada del niño ;
después se puso en pie y, a pasos lentos,
se alejó sonriente y pensativo.

Cuando la viuda regresó, sus ojos
miraron sorprendidos
el fácil copo de algodón hilado
y el niño blandamente adormecido.

EDUARDO CASTILLO

(De *La Nación*)



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico